

50

El Canto del Cisne

Una comedia moderna



Primera edición en REINO DE CORDELIA, abril de 2015

Título original: *Swan Song*, 1928

[Edición basada en la publicada por D. Appleton and Company en 1933]

Edita: Reino de Cordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B

28016 Madrid

www.reinodecordelia.es

Traducción de © Susana Carral Martínez, 2014

Imagen de sobrecubierta: *Charles Lawrence, primer barón de Lawrence de Kingsgate*
(1927), de Sir William Orpen

Imagen de cubierta: Detalle de *Otto Beit en su estudio de Belgrave Square* (1913),
de Sir William Orpen

IBIC: FRD

ISBN: 978-84-15973-37-9

Depósito legal: M-9114-2015

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Gráficas Zamart

Impreso de la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El Canto del Cisne

Una comedia moderna

John Galsworthy

Traducción de Susana Carral



Índice

<i>Introducción</i>	11
ENTREACTO DE PASO	13
I	15
II	25
III	33
EL CANTO DEL CISNE	41
PARTE I	47
I. Puesta en marcha del comedor	49
II. Al teléfono	61
III. Vuelta a casa	73
IV. Soames llega a la ciudad	81
V. Peligro	95
VI. La caja de rapé	105
VII. Michael tiene dudas	119
VIII. Un secreto	129
IX. Reencuentro	141

X. Después de comer	151
XI. Caminata	161
XII. Sentimientos personales	173
XIII. Soames a la espera	185
PARTE II	
	197
I. El hijo de Sleeping Dove	199
II. Soames va a las carreras	209
III. Los potros de dos años	221
IV. The Meads	235
V. Sarampión	251
VI. La creación del comité	261
VII. Dos visitas	281
VIII. Una feliz coincidencia	293
IX. ¡Pero Jon!	303
X. Un poco de todo	293
XI. La rehabilitación de los barrios pobres	323
XII. Una noche deliciosa	337
XIII. ¡Siempre!	351

	PARTE III	361
	I. Soames aconseja	363
	II. La cabeza ocupada	373
	III. El alma obsesionada	383
IV.	Una conversación en el coche	393
V.	Otra conversación en el coche	401
VI.	Soames tiene una idea genial	411
	VII. Mañana	427
VIII.	El fruto prohibido	439
	IX. Consecuencias	445
	X. El fruto amargo	455
	XI. Forsyte Grande	463
	XII. Adelante	479
XIII.	Pasiones y fuegos	495
	XIV. Silencio	511
XV.	Soames cruza al otro lado	525
	XVI. Cadencia perfecta	533

Introducción

EL CANTO DEL CISNE no solo pone fin a la segunda trilogía de Las Crónicas de Los Forsyte —Una comedia moderna—, cierra también el ciclo iniciado por su protagonista, Soames Forsyte, en la primera trilogía: La Saga de los Forsyte*.

Por tanto, y aunque todos los libros que componen esta serie pueden leerse de manera independiente, tal vez convendría recordar algunos detalles fundamentales de esa primera trilogía, cuyos personajes cobran especial protagonismo en esta última novela.

Aunque Soames está casado con la francesa Annette, con la que tuvo a su única hija, Fleur, el gran amor de su vida es Irene, su primera esposa, de la que se separó por expreso deseo de ella. Sucedió a la muerte de Philip Bosinney, arquitecto con el que Irene había engañado sentimentalmente a Soames.

* Véase *La Saga de los Forsyte*, Reino de Cordelia, n.º 42, Madrid, 2014.

Una vez divorciada, Irene se casó con otro Forsyte, Jolyon, primo de su exmarido aunque de temperamento más bohemio y artístico, que durante algún tiempo fue la oveja negra de la familia. Jolyon e Irene tuvieron juntos un hijo, Jon.

El encuentro casual entre Fleur y Jon, ligeramente más joven que ella, derivó en un apasionado flechazo que tanto Soames como Irene intentaron cortar de raíz con todas sus fuerzas. Finalmente Soames, siempre malcriando a su hija, cedió, pero Irene se mantuvo inflexible y puso tierra de por medio, llevándose a Jon a Estados Unidos. El joven acabó casándose con una norteamericana, Anne Wilmot, y Fleur con el aristócrata inglés Michael Mont.

Los amores difíciles y poderosos, sin embargo y como bien sabe Soames Forsyte, no se desvanecen con el paso del tiempo.

EL EDITOR

ENTREACTO

De Paso





**Adams Memorial,
de Augustus Saint-Gaudens**

I

EN WASHINGTON, distrito de Columbia, brillaba el sol del otoño y en el cementerio de Rock Creek hacía resplandecer todo aquello que no era de hoja perenne o de piedra. Soames Forsyte se sentaba sobre su abrigo, frente a la estatua esculpida por Augustus Saint-Gaudens, con la espalda apoyada en el respaldo de mármol, disfrutando de aquel lugar retirado y del rayo de sol que se colaba entre los cipreses.

Había estado allí, con su hija y el marido de ésta, la tarde anterior y aquel sitio le gustaba. Además de la atracción general que provocaba en él cualquier cementerio, aquella estatua atraía al entendido que llevaba dentro. Aunque no era algo que se pudiese adquirir, sin duda se trataba de una obra de arte y provocaba un efecto muy acusado. No recordaba que ninguna otra estatua lo hiciese sentirse tan plenamente en casa como aquella. Esa gran figura de bronce ver-

doso, que representaba a una mujer sentada entre los pliegues de su amplio manto con capucha, lograba transportarlo a lo más profundo de su propia alma. El día anterior, en presencia de Fleur, Michael y otras personas, todas boquiabiertas como él, se había fijado más en la calidad técnica que en el estado de ánimo que transmitía, pero ahora que se encontraba solo podía disfrutar del lujo de sus propias sensaciones. Algunos la llamaban Nirvana, otros Adams Memorial. No sabía con qué nombre quedarse, pero en cualquier caso aquello era lo mejor que había encontrado en Norteamérica, lo que mayor placer le había proporcionado, a pesar de la gran cantidad de agua que había visto en Niágara y de los grandes rascacielos de Nueva York. Tres veces había cambiado de postura en aquel banco de mármol con forma de medio círculo y en cada ocasión sus sensaciones también habían variado. Desde el punto en que la observaba ahora, la mujer transmitía algo que iba más allá de la pena: estaba sentada en un gesto de fría aceptación, más profunda que la propia muerte, ¡extraordinario! ¡En la muerte hay algo! Recordó a su padre, James, un cuarto de hora después de morir y era como si... ¡como si al fin le hubiesen contado algo, a él, que se había pasado la vida quejándose de que nadie le contaba nada!

Una hoja roja de roble cayó sobre su solapa y otra sobre su rodilla. Soames no se molestó en apartarlas. ¡Resultaba tan sencillo permanecer sentado sin moverse ante aquella estatua! ¡Deberían obligar a Norteamérica a sentarse allí una vez a la semana!

Se levantó, se acercó a la estatua y con gran delicadeza tocó uno de los pliegues de bronce, como si cuestionara la posibilidad de la nada eterna.

—Tengo una hermana que vive en Dallas, se casó muy joven con un ferroviario de allí. Y oye, Texas es un estado muy bonito. Mi hermana se ríe cuando alguien le dice que el clima de Texas no es bueno.

Soames retiró la mano del bronce y volvió a ocupar su asiento. Dos figuras altas, delgadas y con muchos años entraron en el santuario. Avanzaron hasta el centro y allí permanecieron, de pie y en silencio. Al final, una de ellas dijo “¡caramba!” y se marcharon por el otro extremo. Un ligero soplo de viento hizo revolotear algunas hojas caídas al pie de la estatua. Soames se desplazó hacia el extremo más alejado. Desde allí, la estatua volvía a parecer más mujer... ¡muy noble! Se quedó sentado, inmóvil, en la pose del pensador, con la parte baja del rostro enterrada en la mano.

Considerablemente bronceado y con un aspecto de lo más saludable, se había acostumbrado a considerarse extenuado por aquel largo viaje que, luego de dar la vuelta al mundo, terminaría dos días después al embarcar en el *Adelphic*. Aquella escapada de tres días a Washington era la gota que colmaba el vaso, pero la estaba soportando muy bien. La ciudad le parecía agradable, tenía edificios admirables y muchos árboles de tonalidades variadas, no estaba dominada por la prisa de Nueva York y en ella se apreciaba gran cantidad de casas en las que resultaría agradable vivir. Claro que estaba llena de americanos, pero eso era inevitable. Además, se alegraba

mucho por Fleur: había superado aquel desagradable asunto de la Ferrar, parecía encantada junto al joven Michael y estaba deseando volver a encontrarse en su hogar, con su hijito. Soames sentía una especie de culminación, de paz: la satisfacción del deber cumplido, que es la mejor recompensa, y el saber que dentro de poco olería el aroma de la hierba inglesa y volvería a ver el río fluir junto a sus vacas. Incluso podría ser que Annette se alegrara de verlo: le había comprado un precioso brazalete de esmeraldas en Nueva York. Aquella estatua del Nirvana ponía el broche de oro a tanta satisfacción.

—Ya hemos llegado, Anne.

Una voz inglesa. Dos jóvenes aparecieron en el extremo más alejado: seguro que se ponían a charlar. Iba a levantarse cuando oyó decir a la joven, con una voz de acento sin duda americano, pero dulce y curiosamente íntima:

—John, es extraordinaria. Se me clava aquí y me llega muy hondo.

Gracias al gesto de la mano, Soames pudo ver que era el mismo sitio donde se le había clavado a él.

—El silencio eterno. Me da pena, John.

Cuando el joven deslizó su brazo bajo el de ella, dejó el rostro a la vista. Rápido como el pensamiento, media cara de Soames desapareció de nuevo tras la mano. “¿John?”. Lo que ella quería decir era “Jon”. No había duda de que aquel era el joven Jon Forsyte. Y esa mujer era su esposa, la hermana de aquel muchacho americano, Francis Wilmot. ¡Qué mala suerte! Recordaba perfectamente el rostro de Jon, aunque solo lo había visto una vez en la galería junto a Cork Street y después

en la pastelería, y en una ocasión durante aquella tarde tan dura, cuando había ido hasta Robin Hill para rogar a su primera esposa, de la que se había divorciado, que permitiera que su hijo, Jon, se casara con la hija de él, Fleur. Nunca se había sentido mejor al recibir un no por respuesta. Nunca había visto mejor confirmada la idoneidad de las cosas. Sin embargo, el dolor de transmitir a Fleur aquella negativa permaneció en su recuerdo como una brasa sin apagar, roja y molesta bajo las cenizas del tiempo. Protegido por su sombrero y parapetado tras la mano, Soames miró de nuevo para asegurarse.

El joven permanecía con la cabeza descubierta, como si buscara mostrar su veneración a la estatua. Poesía el aire de los Forsyte, a pesar del exceso de cabello. Había oído decir que era poeta. El rostro no estaba mal, tenía eso que llaman atractivo; los ojos se veían hundidos, como los de su abuelo, Jolyon padre, y eran del mismo color, gris oscuro; el toque luminoso que aportaba el cabello procedía sin duda de Irene, su madre, pero la barbilla era de los Forsyte. Soames miró a la chica. Era bastante alta, de piel blanca ligeramente bronceada, cabello castaño y ojos oscuros. El cuello era hermoso y mostraba una bonita forma de mantenerse en pie, muy erguida. ¡La figura resultaba atractiva! Pero ¿cómo había podido aquel joven cogerle cariño después de haberse enamorado de Fleur? Aunque, para ser americana, parecía muy normal; incluso recordaba un poco a una ninfa, con aspecto de valorar su intimidad.

Nada en Norteamérica había desconcertado más a Soames que la falta de intimidad. Si alguien quería conservar su

intimidad se veía obligado a desconectar el teléfono y meterse en la bañera, de lo contrario el teléfono sonaría en el momento justo en que iba a quedarse dormido para preguntar si aquella era la residencia de los señores Newberg. Además, las casas no estaban separadas entre sí, ni siquiera estaban separadas de la carretera. En los hoteles, las habitaciones daban todas las unas a las otras, y lo más probable es que siempre hubiese una manada de banqueros en el vestíbulo. Tampoco en las comidas había privacidad. Aun en el caso de ir a cenar fuera siempre era lo mismo: cóctel de langosta, sábalo, pavo, espárragos, ensalada y helado; sin duda muy buenos platos que ayudaban a engordar, pero no había intimidad en ellos.

Aquellos dos estaban hablando, recordaba la voz del joven:

—Es la mejor obra hecha por el hombre que hay en toda Norteamérica, Anne. En Inglaterra no tenemos nada tan bueno. Me ha abierto las ganas de ver más: vamos a tener que ir a Egipto.

—A tu madre le encantaría ir, Jon. Y a mí.

—Vamos a verla desde el otro lado.

Soames se levantó de repente y abandonó su hueco. Aunque no lo habían reconocido, se puso nervioso. Aquel era un encuentro ridículo, incluso peligroso. Había viajado durante seis meses para que Fleur recuperase su paz de espíritu y, ahora que estaba tranquila, por nada del mundo querría que se viese afectada de nuevo al encontrarse con su primer amor. Recordaba perfectamente cómo le afectaba a él cada visión

de Irene. Sí, ¡y seguro que Irene también estaba ahora allí! Bueno, al menos Washington era una ciudad muy grande. No habría mucho peligro. Por la tarde pensaban ir a Mount Vernon y al día siguiente partirían de allí muy temprano. Un taxi lo esperaba en la parte alta del cementerio. Uno de los otros coches que aguardaban debía pertenecer a aquellos jóvenes; los miró de soslayo. ¿Se había despertado en él el miedo o la esperanza por si en uno de ellos veía a aquella que, en otra vida, había visto día tras día, noche tras noche, esperando algo que al parecer él no podía darle? No, solo estaban los chóferes y sus voces. Sus acentos y su forma extraña de pronunciar. Se subió a su taxi y dijo:

—Al hotel Pótomac.

—¿Al hotel Potómac?

—Si lo prefiere así...

El chófer sonrió de oreja a oreja y cerró la puerta de Soames. ¡El hogar del soldado! Decían que los veteranos estaban casi extinguidos. Aunque les iban a llegar unos cuantos de la última guerra. Además, ¿qué eran para Norteamérica el espacio y el dinero? Tenían tanto de ambas cosas que no sabían qué hacer. Pero a él eso le daba igual, ahora que ya se marchaba. No le importaba nada. Incluso había invitado a un buen número de americanos a ver sus cuadros si pasaban por Inglaterra. Fueron muy amables y hospitalarios, había visto gran cantidad de cuadros muy buenos, incluidos algunos chinos, gran cantidad de edificios elevados y el aire resultaba de lo más estimulante. No se adaptaría a vivir allí, pero todo parecía muy vivo y tonificante durante un tiempo. “¡No me la ima-

gino viviendo aquí! —pensó de repente—. Nunca ha habido alguien más celoso de su intimidad”. Los coches lo adelantaban en masa o permanecían aparcados en hileras. ¡En Norteamérica todo eran coches y periódicos! De repente, un pensamiento lo perturbó. Allí lo publicaban todo en la prensa, ¿y si su nombre estaba entre los viajeros que habían llegado?

Ya en el hotel, se dirigió de inmediato al quiosco del vestíbulo, donde se podían adquirir periódicos, pasta de dientes, caramelos para que se le cayesen a uno los dientes y —no le extrañaría nada— dientes nuevos para reemplazar los perdidos. ¿La lista de las llegadas? Allí estaba. “Hotel Potomac: Señores de Cyrus K. McGunn, señoritas Errick, señor don H. Yellam Root, señor don Semmes Forsyth, señor y señora Munt”. Y en letras grandes aunque, por suerte, indescifrables: ¡Forsyth! ¡Munt! En los periódicos eran incapaces de escribir bien. ¡Semmes! Esperaba que resultase irreconocible. Se acercó a recepción y consultó el libro del registro. ¡Sí! Había escrito los nombres con letra muy clara. Menos mal, porque de lo contrario podrían haberlos copiado bien por pura casualidad. Entonces pasó la hoja y leyó: “Señores de Jolyon Forsyte”. ¡Estaban allí! ¡En su hotel... aquellos dos! Habían llegado un día antes que ellos. Sí, y encabezando la hoja, con fecha de varios días antes: “Señora doña Irene Forsyte”. Su mente viajó a una velocidad increíble. Tenía que ocuparse de aquello enseguida. ¿Dónde estaban Fleur y Michael? El día anterior habían visitado con él la galería Freer —una galería preciosa: no había visto nada mejor—, el Lincoln Memorial y aquella torre tan grande a cuya cima se habían negado a

subir. Aquella mañana dijeron que irían a la galería Corcoran, donde una exposición celebraba un centenario. Él ya sabía lo que eso significaba: había visto muchos centenarios ingleses. ¡Estarían todos los pintores de moda en su momento y el resultado sería demasiado deprimente para describirlo con palabras! Al recepcionista le dijo:

—¿Hay por aquí algún restaurante donde se pueda almorzar bien?

—Claro, en Filler's cocinan de maravilla.

—¡Bien! Si llegan mi hija y su marido, tenga la amabilidad de decirles que se reúnan conmigo a la una en Filler's.

Regresó al quiosco, donde adquirió entradas para la ópera con la intención de obligarlos a salir por la noche, y en diez minutos se encontraba camino de la galería Corcoran. Desde Filler's saldrían directos hacia Mount Vernon, cenarían en otro hotel antes de ir a la ópera y al día siguiente saldrían en el primer tren... no pensaba arriesgarse. ¡Ojalá estuvieran aún en la Corcoran!

Al llegar compró el catálogo sin pensarlo, de forma mecánica, y subió las escaleras. Las salas se abrían a un lado y daban toda la vuelta para acabar en el otro. Empezó al revés, por la última sala. ¡Ah! Allí estaban, frente a un cuadro de una puesta de sol. A ellos ya los había localizado, pero no los tenía todas consigo —Fleur era muy aguda—, así que se dedicó a observar los cuadros. Eran modernos y seguían la estela de aquellas extravagancias francesas que Dumetrius le había enseñado seis meses antes en Londres. Tal y como había pensado: todos por el estilo, podría haberlos pintado la mis-

ma mano. Vio que Fleur tocaba el brazo de Michael y se reía. ¡Qué guapa estaba! Sería una desgracia echarlo todo por tierra otra vez. Se acercó por detrás de ellos. ¿Cómo? Ese sol poniente era la cara de un hombre, ¿no? Ahora resultaba imposible saber a qué atenerse. Dijo:

—Al final he decidido venir a echar una ojeada. Almorzaremos en Filler's. Me han dicho que es mejor que el restaurante del hotel. Desde allí podemos ir directos a Mount Vernon. Además, tengo entradas para ir a la ópera esta noche.

Consciente del escrutinio al que lo sometía Fleur, se quedó mirando ael cuadro. No se sentía demasiado cómodo.

—¿Son mejores los cuadros más antiguos? —preguntó.

—Verá, señor, Fleur acaba de preguntar, ¿cómo es posible que alguien sea capaz de seguir pintando en la actualidad?

—¿A qué te refieres?

—Si la viese entera, diría lo mismo. Aquí hay cien años de pintura.

—Los mejores cuadros nunca están en esta clase de exposiciones —dijo Soames—, se conforman con cualquier cosa que les presten. Ryder, Innes, Whistler, Sargent... los americanos han contado con grandes pintores.

—Por supuesto —intervino Fleur—. Pero ¿tienes mucho interés por verla entera, papá? Me muero de hambre.

—No —respondió Soames—. Después de volver a ver la estatua de Saint-Gaudens, no me apetece. Vamos a comer.